

UNA VIDA PLENA DE CONTRASTES

Salvador Bernal

Summary: This article presents a brief biographical sketch of Blessed Josemaría Escrivá de Balaguer. The life of Monsignor Escrivá has the multiple and rich facets of a life filled with contrasts. The author brings back some of the most important moments of his life that offer glimpses of the candid, open and appealing personality of the founder of Opus Dei.

Key words: unity of life, struggle, character.

Résumé: Dans cet article on présente un bref portrait du Bienheureux Josemaría Escrivá de Balaguer. La vie de Mons. Escrivá est d'une grande richesse, une existence pleine de contrastes. L'auteur évoque les moments les plus importants de la vie du fondateur de l'Opus Dei et l'on apprécie la personnalité naturelle, ouverte et attirante de celui-ci.

Mots clés: unité de vie, lutte, caractère.

Con frecuencia, cuando tengo que escribir sobre el Fundador del Opus Dei, me viene a la mente la fecha del 17 de mayo de 1992, día de su beatificación por el Papa Juan Pablo II. A causa de mi oficio informativo, me tocó vivir esa jornada desde Madrid. Residía entonces en un edificio de la calle Diego de León en esa ciudad. A las diez de la mañana de aquel domingo, pude seguir la ceremonia, a través de la televisión, a muy pocos metros del oratorio al que acudió Josemaría Escrivá una noche de 1942: "Señor, si Tú no necesitas mi honra, yo ¿para qué la quiero?".

Eran años de postguerra en España. La Iglesia había recuperado la libertad perdida. Para el Fundador del Opus Dei no fueron tiempos de victoria sino de cruz. En esa época de triunfalismo, el Fundador del Opus Dei debió ser uno de los pocos eclesiásticos al que era lícito insultar. Se lo puso como un trazo. Dios lo bendijo con la contradicción de los buenos, como se puede deducir de dos puntos de *Forja*, 803 y 1052, escritos en tercera persona, como si de otro se tratara: "Hijo, óyeme bien: tú, feliz cuando te maltraten y te deshonren; cuando mucha gente se alborote y se ponga de moda escupir sobre ti, porque eres *"omnium peripsema"*, como basura para todos...".

Se veía considerado como toda la porquería del mundo, como un pobre gusano, y no le resultaba fácil aceptar esa dura Voluntad de Dios, porque tenía un carácter enérgico, sensible a la libertad y a las injusticias, y era bien consciente del valor radical de la buena fama para los hombres. Cuando Mons. Escrivá de Balaguer evocaba con rapidez estos sucesos, en Buenos Aires, una tarde de 1974, añadía: "y me costa-

ba, me costaba porque soy muy soberbio, y me caían unos lagrimones...". Lo cierto es que se abandonó por completo en las manos de Dios, y renunció a defenderse.

En *Forja*, 1.052, quedó estampada la plegaria del Fundador del Opus Dei en aquellas horas de desconuelo: "Jesús mío, ¿qué iba a darte, fuera de la honra, si no tenía otra cosa? Si hubiera tenido fortuna, te la habría entregado. Si hubiera tenido virtudes, con cada una edificaría, para servirte. Sólo tenía la honra, y te la di. ¡Bendito seas! ¡Bien se ve que estaba segura en tus manos!".

Pienso que esta escena refleja la riqueza de matices que presenta la vida del Beato Josemaría. Como escribí en 1976, son muchas y muy ricas las facetas de su personalidad y de su doctrina. Están, de otra parte, tan trabadas por una unidad de vida sencilla y fuerte, que se resisten a la descripción minuciosa: existe el peligro de despedazar, o de caricaturizar simplistamente, una existencia llena de contrastes, que rompió –y sigue rompiendo– muchos esquemas.

A VUELTAS CON EL CARÁCTER

Josemaría Escrivá de Balaguer manifestó desde la juventud un carácter fuerte, enérgico, de reacciones rápidas. Se entiende que, ante la gratuidad de los insultos, le costase desistir de la defensa. Sin que se le saltasen las lágrimas. Y que sintiese la atracción de la soberbia, cuando el entonces Obispo de Madrid, Mons. Eijo y

Garay, proclamaba públicamente la rectitud y la abnegación con que el aún joven sacerdote servía con toda su alma a la Iglesia. Este tipo de contraste aparece continuamente en la vida del Fundador del Opus Dei y contribuye a explicar su profundo heroísmo en la práctica de las virtudes..., y algunas de las incomprensiones que sufrió durante su vida.

En 1972, delante de miles de personas, en la Escuela Deportiva Brafa (Barcelona), reconocía: “Yo he tenido y sigo teniendo muchos defectos. ¿A ver quién no tiene defectos? ¿A ver, uno que no tenga defectos, que lo ponemos en un museo...! Yo tengo muchos defectos, y estoy luchando contra ellos desde chico; y mientras me dure la vida seguiré luchando”.

Al repasar tantas cosas escritas y oídas sobre el Fundador del Opus Dei, llego a la conclusión de que el centro de su lucha –dejando aparte batallas íntimas de su alma implícitas en las frecuentes confidencias que aparecen en sus libros– fue la pelea contra su propio temperamento, lleno también de interesantes matices. Trataré de esbozar aquí algunos que considero especialmente significativos. Son pinceladas de un cuadro difícil de pintar, porque resulta casi imposible dejar a un lado tantas vivencias personales: desde que vi su rostro por vez primera una mañana de septiembre de 1960 en Pamplona, tengo grabada su sonrisa abierta, su atrayente simpatía, su hondo sentido del humor, su corazón enamorado, su cariño desbordante, su espíritu de comprensión, su amor a Cristo, a la Virgen y al Papa. ¿Cómo sintetizar en unas pocas páginas personalidad tan plena?

Según cuentan los que lo trataron personalmente en Barbastro y Logroño, exteriorizó pronto un carácter alegre y una sensibilidad fina para captar lo que sucedía a su alrededor, con un genio vivo y una inteligencia despierta. Describen también la paradoja entre su sociabilidad y cierta modestia vergonzosa: llevaba la voz can-

tante al jugar con los demás, pero, a la vez, no quería destacarse: por ejemplo, no le gustaba ponerse trajes nuevos, ni siquiera cuando avisaban en el colegio para hacer las fotos colectivas de cada clase. De poco servían las consideraciones de su madre, doña María Dolores, cuando, al no haber dicho nada en casa, era el único sin vestido de fiesta: “Josemaría, pero ¿quieres que te compremos los trajes viejos?”.

Pero, a pesar de su temperamento enérgico, se cuentan con los dedos de la mano las escenas de infancia o juventud que reflejen algo de violencia. Aprendió a dominarse en el ambiente cristiano de su hogar.

AFICIÓN A LA LECTURA

Su padre, don José, fomentó su capacidad de observación y su afición por la lectura. Lo suscribió al semanario *Chiquitín* (luego se llamó *Chiquilín*). Y Josemaría aguardaba la llegada de la revista, con ansiosa curiosidad infantil, que exteriorizaba alegremente cuando su padre entraba en casa con la revista en la mano. Enseguida, comenzó también a ojear dos publicaciones que se recibían en su casa: *Blanco y Negro* y *La Ilustración Española e Hispanoamericana*. Además, miraba de cuando en cuando los diarios *ABC*, de Madrid, y *La Vanguardia*, de Barcelona. Don José no ocultaba a su hijo ninguna cosa honesta, para despertar su interés por lo que pudiera ayudarle en su formación. Y puso a su alcance, poco a poco, distintos libros, como una edición del Quijote, en siete volúmenes y con abundantes ilustraciones.

Basta leer los escritos del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer para deducir su gran afición a la literatura y a la historia: aunque a veces no incluya citas expresas –quizá por tratarse del género homilético–, es evidente su familiaridad con Cervantes y Quevedo, con Tirso o

Calderón, con Fray Luis de Granada, San Juan de la Cruz y Santa Teresa. Comenzó a introducirse en estos clásicos españoles desde los doce o trece años, aunque también dedicó horas y horas a distraerse, por ejemplo, con las novelas de Julio Verne, que le apasionaban por la trama humana y el espíritu aventurero. Como, por otros motivos, lo impresionaron las *Cantigas* de Alfonso X el Sabio y le ayudaron algunas buenas biografías de Santos.

EL PRIMER AMOR

Se forjó así una personalidad normal, abierta, sincera. Su madre le manifestaba a veces inquieta: "Josemaría, vas a sufrir mucho en la vida, pues pones todo el corazón en lo que haces". Y el hogar de los Escrivá se transformó en escuela de dolor, que acrisoló los afectos del adolescente.

En Barbastro y Logroño, Josemaría es un chico piadoso, pero sin nada especial ni llamativo que presagie el papel que desempeñará en la vida eclesial del siglo XX. No había pensado en ser sacerdote hasta que tuvo alrededor de dieciséis años. Y siempre me ha encantado oírlo describir esa llamada divina con términos propios de amores humanos: al ver las huellas en la nieve de los pasos de un carmelita descalzo, comprendió que Dios estaba pendiente de su vida, y se apoderó de su alma la intranquilidad de buscarlo, de mirarlo, de tratarlo, de quererlo más. Al evocar este sentimiento que lo inundó, lo reconocía como su "primer y único amor", que había crecido en su pecho sin rutinas ni cansancios.

Ese corazón juvenil, enamorado, decide ser sacerdote pensando que así podrá cumplir la Voluntad del Señor, que le pide algo, pero no sabe qué. Ingresa, pues, en el Seminario diocesano, pero sin querer ser *cura*, en el sentido usual que el término tenía entonces para el

gran público. Desde luego, había aprendido de sus padres a respetar y venerar a los sacerdotes, como representantes de Cristo en la tierra. Y apreciaba bien a diversos parientes que se habían entregado a Dios y habían sido obispos, vicarios o canónigos.

UNA PARROQUIA RURAL

En cierto modo, de ahí proceden las dificultades que sufrió en el Seminario de Zaragoza, donde, por lo demás, los compañeros resaltan su jovialidad, su sentido del humor y su visión positiva. Tenía la costumbre de lavarse diariamente de pies a cabeza. Este hábito llamó la atención de algunos, y comenzaron a llamarle *el pijaíto*, una palabra que en Aragón significa el señorito, persona rebuscada, exquisita. En realidad, sólo se trataba de la limpieza y la higiene que había aprendido de sus padres. Fueron años intensos, en que progresó su alma, se afinó aún más su carácter, y contó con la progresiva confianza y afecto de la Jerarquía diocesana, hasta el punto de que en 1922, siendo aún seminarista, fue nombrado, por el Cardenal Soldevila, Superior o Inspector del Seminario de San Francisco de Paula. No quería hacer *carrera* eclesiástica, sino estar disponible a la Voluntad de Dios, pero recibía ya sus primeros encargos jerárquicos...

Aunque era muy querido por sus compañeros, algunos consideraban excesivos sus ratos de oración en la capilla, o sus constantes visitas a la Virgen del Pilar. Y le llamaban cariñosamente *el Soñador* y *Rosa Mystica*. Josemaría estaba bien convencido de la necesidad de la piedad en la vida del sacerdote: le parecía poco el tiempo que pasaba ante Jesús Sacramentado.

En Zaragoza ultimó su formación doctrinal religiosa, aprovechando las clases y acudiendo asiduamente a las bibliotecas. Y se propuso "no cerrar los libros", bien convencido de que

el trabajo intelectual era indispensable para conocer mejor a Dios y para llevarlo a los demás. No dejó ya nunca de repasar los Tratados de Teología, de releer a los Padres ni de estar atento al Magisterio eclesiástico, sin descuidar los libros clásicos y modernos de espiritualidad, ni las grandes obras de la literatura. Aludiendo a esta necesidad de cultivar la inteligencia, comentaba: "no podemos hacer como Fray Gerundio de Campazas, que cerró los libros y se dedicó a predicar: hemos de formarnos siempre, también desde el punto de vista intelectual".

A los tres días de su ordenación sacerdotal (28 de marzo de 1925) marchó a Perdiguera, para sustituir al párroco enfermo. Se quedó solo, lejos de la familia, con una tarea completamente nueva para él. A su regreso a Zaragoza, fue Capellán en la iglesia de San Pedro Nolasco, de la Compañía de Jesús. Hubiera deseado tener un trabajo sacerdotal más amplio y con más dedicación. Pero la arquidiócesis no le encargó nada más, quizá por el exceso de clero con que contaba entonces. El joven Josemaría aprovechó también para terminar su Licenciatura en Derecho en la Universidad de Zaragoza.

"MADRID FUE MI DAMASCO"

Se trasladó a Madrid en la semana de Pascua de 1927, con la autorización expresa del Arzobispo de Zaragoza, Mons. Rigoberto Doménech, para hacer el doctorado en Derecho, que sólo confería en España, en aquella época, la llamada Universidad Central. No excluía la posibilidad de dedicarse a la enseñanza. Además, debía ocuparse del sostenimiento de su familia.

Su vida cobra una nueva y radical dimensión el 2 de octubre de 1928: conoce al fin la Voluntad de Dios, que venía buscando desde tantos años atrás. Aquel día, en la Residencia de los Padres Paúles, de la calle García de Pare-

des, ve con claridad el Opus Dei, dirigido a hombres de cualquier ambiente, para buscar la santidad en y a través de las ocupaciones ordinarias de cada día, santificar los diversos quehaceres, y convertirlos en oración y en instrumento de apostolado. Al recordarlo, decía en ocasiones: "Madrid fue mi Damasco". Y se consideraba *madrileño*, porque allí había nacido a la gran aventura espiritual de su existencia.

Surge aquí otro contraste: ve con nitidez la Voluntad divina, pero no como fundador; piensa inicialmente que *eso* ya debe de existir en alguna organización de la Iglesia. No se considera digno de fundar nada, y admira profundamente todas las instituciones de la Iglesia. Comienza a buscar, dispuesto a ser el último de un proyecto apostólico ya existente antes que fundador de uno nuevo.

Tiene bien claros los objetivos. Es preciso santificar las realidades humanas, como el Señor le graba de nuevo en la mente, mientras celebra la Misa en la Capilla del Patronato de Enfermos de Madrid el 7 de agosto de 1931, a través del pasaje del Evangelio de San Juan *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*: "comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana".

Este carácter universal de la Cruz salvadora, incrustada en medio del mundo, explica la amplitud del apostolado del Opus Dei. El Fundador despliega una actividad tremenda en Madrid. Acude a los barrios más abandonados. Atiende a los enfermos pobres y desahuciados de los hospitales públicos. Comienza su labor de formación con estudiantes universitarios: de hecho, la primera obra apostólica organizada será la Academia-Residencia DYA, que será destruida durante la guerra civil española. Cuando llega el 18 de julio de 1936, Josemaría Escrivá está preparando los comienzos de su

Obra en Valencia y en París. Todo se viene abajo.

TIEMPO DE CONTRADICCIÓN

Durante la guerra, sufrirá una gran cruz, debatido entre continuar en Madrid –con riesgo de muerte, donde viven su madre y sus hermanos, así como algunos pocos de los primeros miembros del Opus Dei–, o escapar a la otra zona, donde su vida no sufrirá peligros y podrá ejercitar libremente su sacerdocio y atender a las personas de la Obra que han quedado en esta parte de España al estallar el conflicto. No superará el dilema hasta encontrar en el suelo una rosa de madera, después de horas de especial desasosiego, cuando está ya en los Pirineos, en una expedición clandestina hacia Andorra. Era la insólita señal que había solicitado para confirmar la Voluntad de Dios.

Dentro de la complejidad de la contienda civil española, se comprende bien que tuviera que esconderse en el Madrid de 1936. En cambio, cuesta más entender las fortísimas contradicciones que se desatan contra él en la España de postguerra. Surge así otra paradoja: esa cruz da en pocos años tal fecundidad apostólica –siempre con la confianza y el aliento de los Obispos diocesanos–, que el Opus Dei se extiende por las principales ciudades de la Península Ibérica y por muchas naciones del mundo, a la vez que obtiene las aprobaciones pontificias de 1947 y 1950. Quien no conozca las tribulaciones –ni el Fundador ni los miembros de la Obra las mencionan para nada, por caridad hacia las personas–, puede asociar esos frutos, ingenua o maliciosamente, con el régimen de Franco... Nada tiene que ver. Por lo demás, Mons. Escrivá de Balaguer había trasladado en 1946 su residencia a Roma: quedaba patente que el Opus Dei no estaba ni estaría nunca condicionado por ningún sistema político.

Uno de los factores que contribuyeron a esa evidente expansión apostólica entre los universitarios –pronto también entre empleados y obreros, y personas de toda condición– fue la ordenación sacerdotal de miembros del Opus Dei. Tuvo lugar el 25 de junio de 1944, en la capilla del palacio episcopal de Madrid, delante de un espléndido retablo que enmarca hoy a la Virgen de la Almudena, en la nueva catedral de Madrid, dedicado por Juan Pablo II el 15 de junio de 1993. Lo que ahora resulta relativamente lógico constituyó entonces una arriesgada novedad. De una parte, fue difícilísimo encontrar la solución canónica. Pero, además, introducía otro contraste: justamente para extender la labor apostólica entre la gente corriente, era preciso contar con sacerdotes que abandonasen sus ocupaciones civiles y se dedicasen por completo a la atención espiritual de las almas. De ahí surgió esa originalísima síntesis de “alma sacerdotal y mentalidad laical”, que el Fundador inculcó en sus hijos, laicos y presbíteros, y que ha venido a reafirmar canónicamente la erección de la Prelatura del Opus Dei.

LA MADUREZ ROMANA

El Fundador pasó los años cincuenta muy *encerrado* en Roma, pilotando la expansión del Opus Dei por el mundo. No le faltaron, tampoco dificultades. Pero contó con el afecto de la Santa Sede. Siempre evocará con especial gratitud al Papa Pío XII, así como a Mons. Montini, Sustituto de la Secretaría de Estado, la persona de quien escuchó en Roma las primeras palabras de aliento para el Opus Dei. Años después, ya elegido Pontífice, quiso presidir la inauguración oficial del Centro para la Educación de la Juventud Obrera –Centro ELIS–, confiado por Juan XXIII a los miembros del Opus Dei, en uno de los barrios periféricos de Roma, el Tiburtino. Y el Papa Pablo VI fijó la ceremonia el 21 de noviembre de 1965, durante una de las sesiones

del Concilio Vaticano II, con el fin de que fuese conocida universalmente la gran estima que tenía al Opus Dei y a su Fundador. Mons. Escrivá del Balaguer estuvo muy conmovido durante el acto, y se impresionó aún más cuando Pablo VI –al final–, después de darle un cordialísimo abrazo y de no permitir que se arrodillara, le indicó que bendijera con él a los presentes, entre los que se encontraban Cardenales, Arzobispos, Obispos, autoridades civiles y las personas que ya frecuentaban el Centro educativo.

El Concilio Vaticano II, momento crucial de la vida de la Iglesia en el siglo XX, coincide con la madurez romana del Fundador de la Obra y constituye también un tiempo de contrastes en su vida. Había recibido con mucha ilusión la noticia de la convocatoria por Juan XXIII. Estaba persuadido de que se aprobarían tantas nuevas formas de vida cristiana y, en general, que se contribuiría a un conocimiento más profundo de la situación de la Iglesia en el mundo, lo que ampliaría la eficacia apostólica de los católicos en el mundo. Así sucedió, por poner unos ejemplos rápidos, con la doctrina sobre la llamada universal a la santidad, o el reconocimiento de la misión de los laicos, la libertad religiosa o el ecumenismo.

LOS AÑOS DEL POSTCONCILIO

Pero, junto a su alegría por ese enriquecimiento doctrinal y pastoral que suponía el Concilio, sufrió hondamente por las dificultades prácticas que comenzaron a presentarse en la vida de la Iglesia. Le dolía que algunos manifestasen, en nombre de la Asamblea ecuménica, enfoques particulares que ni siquiera recogían íntegramente la riqueza del mensaje conciliar. Vivía esa realidad, ampliamente difundida en los medios de comunicación, muy en primera persona, como buen hijo al que nada de su Ma-

dre resulta indiferente. Le alegraba hondamente el rejuvenecimiento del rostro de la Iglesia y de sus manifestaciones apostólicas, porque la veía como un Cuerpo vivo, no embalsamado ni inerte, que responde a las necesidades de los fieles en la historia. No sentía reparo ante las innovaciones, que aplican la fe perenne de la Iglesia a las circunstancias del propio tiempo; ni tuvo miedo alguno en afirmar la doctrina tradicional, cuando era necesario. Porque rechazaba las etiquetas de progresismo o de integrista. Defendía, en cambio, la libertad en las cuestiones que la Iglesia deja a la libre opinión de los fieles.

Sin desconocer ni dejar de agradecer a Dios tantas realidades positivas, los últimos años de su vida en la tierra quedaron más bien marcados por el dolor –sin perder la paz ni la alegría de los hijos de Dios– ante la confusión doctrinal y las abundantes defecciones. Aunque su lema había sido ocultarse y desaparecer, durante los años setenta –a pesar de su quebrantada salud– desplegó una amplia actividad, dirigida a miles de personas, en Europa y América. Quería confirmar a sus hijos en la fe y extender el amor a las almas y a la Iglesia, con un esfuerzo denodado –que puede observarse en las filmaciones que se tomaron de algunas de esas *catequesis*–, lleno de energía y vigor, pero también de un profundo y sereno optimismo, que fue otra constante de su vida.

SIEMPRE, ALEGRÍA

El Beato Josemaría Escrivá no tenía miedo a la vida ni miedo a la muerte. Predicó siempre la alegría, que consideraba parte esencial del patrimonio espiritual de los cristianos. Más de una vez gozó, celebrando la Misa votiva de Santa María, con las palabras de la colecta, que piden la salud *mentis et corporis*: “la alegría de vivir”. Repitió esas oraciones en la última Eucaristía que celebró, el 26 de junio de 1975.

Muchos testimonios coinciden en destacar como principal rasgo del Fundador del Opus Dei su capacidad de querer: su amor a Dios y a los hombres, con auténtico cariño. Tuvo una personalidad atrayente, llena de optimismo, simpatía y sentido del humor. Fue un sacerdote culto, que hablaba y escribía con singular belleza literaria. Pero, al cabo, como señaló en 1990 el Decreto de la Santa Sede sobre la heroicidad de sus virtudes, "los rasgos más característicos de su personalidad no hay que buscarlos tanto en sus egregias cuali-

dades para la acción como en su vida de oración, y en la asidua experiencia unitiva que hizo de él verdaderamente un contemplativo itinerante".

Convencido de que no había hecho nada en la tierra, de que todo procedía de Dios, compendaba su vida como "historia de las misericordias del Señor". Y, lleno de gratitud a la providencia divina, reconocía que "en la Obra ha habido, en todo momento, trabajo, amor, lágrimas, esfuerzo y, siempre, alegría". ■